

# César Vallejo y el marxismo

Vallejo empezó a acercarse al marxismo en los últimos años de la década de 1920, como resultado de un proceso de concienciación y de compromiso político-artístico. La estancia en octubre de 1928 en Rusia, fue, en este proceso, un factor decisivo, pero no el único. Como demuestra su correspondencia, así como algunos artículos y poemas anteriores a esa fecha, Vallejo «había [sic] ido a ello por el propio peso de las cosas»,<sup>1</sup> fue, pues, el resultado final de unas experiencias y una cosmovisión personales que con el tiempo fueron acentuando su solidaridad con el hombre. El marxismo fue la doctrina que le ofreció el método para racionalizar lo que en él estaba desde hacía tiempo cristalizando y para, a la vez, marcar la dirección a seguir en orden a atender el imperativo histórico de transformar el mundo.

En carta a Pablo Abril de Vivero, del 17 de marzo de 1928, al hilo de sus quejas de que el gobierno peruano no le mandara el dinero del pasaje para ser repatriado, escribía Vallejo:

Sólo este pobre indígena se queda al margen del festín. Es formidable. Y se diría que hasta el azar ayuda a mi desgracia: un yerro curialicio en el ministerio, me priva hasta ahora de una cosa tan modesta e insignificante, que los otros obtienen al vuelo. Si nos atuviéramos a la tesis marxista (de la que ha de dar a usted una densa idea Eastman), la lucha de clases en el Perú debe andar, a estas alturas, muy grávida de recompensa para los que, como yo, viven siempre debajo de la mesa del banquete burgués. No sé muy bien si las revoluciones proceden, en gran parte, de la cólera del paria. Si así fuera, buen contingente encontrarían en mi vida, los «apóstoles» de América.<sup>2</sup>

El 18 de abril de 1928, en carta dirigida también a Pablo Abril de Vivero, le confesaba, lo que es un inequívoco testimonio de lo que se ha dado en llamar su crisis de 1927-1928:

A medida que vivo y que me enseña la vida (la letra —dice el adagio—, con sangre entra), voy aclarándome muchas ideas y muchos sentimientos de las cosas y de los hombres de América. Me parece que hay la necesidad de una gran cólera y de un terrible impulso destructor de todo lo que existe en esos lugares. Hay que destruir y destruirse a sí mismo. Eso no puede continuar; no debe continuar. Puesto que no hay hombres dirigentes con quienes contar, necesario es, por consiguiente, unirse en un apretado haz de gentes heridas e indignadas, y reventar, haciendo trizas todo cuanto nos rodea o está a nuestro alcance. Y, sobre todo, *hay que destruirse a sí mismo* y, después, lo demás. Sin el sacrificio previo de uno mismo, no hay salud posible.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> De una carta a J. Larrea del 29 de enero de 1932, recogida en C. Vallejo, Epistolario General, Valencia, Pre-Textos, 1982, p. 244.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, pp. 173-174. Utilizó el dinero, que al fin le mandaron, para hacer el primer viaje a Rusia (1928).

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 113.

En octubre de 1928 le anunciaba a Pablo Abril de Vivero su propósito de trasladarse a Rusia, hastiado de París, en donde presentía que nunca podría abrirse camino:

Me doy cuenta de que mi rol en la vida no es éste ni aquél y que aún no he hallado mi camino. Quiero, pues, hallarlo. Quizás en Rusia lo halle, ya que en este otro lado del mundo donde hoy vivo, las cosas se mueven por resortes más o menos semejantes a las enmohecidas tuercas de América.<sup>4</sup>

Su estancia en Rusia en ese mismo mes, octubre de 1928, le hizo desistir, debido a las trabas del idioma, de su empeño de trasladar allí definitivamente su residencia, pero supuso para Vallejo el descubrimiento, o la constatación, de que con la praxis marxista-leninista se estaba fraguando, en aquella remota geografía, el futuro de la humanidad.<sup>5</sup> El 27 de diciembre de 1928, de vuelta a París, le anunciaba a Pablo Abril de Vivero:

Estoy dispuesto a trabajar cuanto pueda al servicio de la justicia económica cuyos errores actuales sufrimos: usted, yo y la mayoría de los hombres, en provecho de unos cuantos ladrones y canallas. Debemos unirnos todos los que sufrimos de la actual estafa capitalista, para echar abajo este estado de cosas. Voy sintiéndome revolucionario y revolucionario por experiencia vivida, más que por ideas aprendidas.<sup>6</sup>

El último fragmento de esta carta, junto con otro de una carta escrita en 1932 a Juan Larrea,<sup>7</sup> han sido utilizadas para poner en entredicho el marxismo de Vallejo. Volveré a ello al final de mi ensayo, cuando haya ido documentando el proceso de su politización.

En el artículo «De la dignidad del escritor. La miseria de León Bloy. Los editores, árbitros de la gloria», publicado en *El Norte* (Trujillo), el 1 de noviembre de 1925, se lamentaba de que ciertos escritores, a lo largo de la historia de la literatura, hubieran sido capaces de tener un comportamiento indigno, utilizando «los más cobardes expedientes para triunfar cueste lo que cueste».<sup>8</sup> En la sociedad contemporánea seguía ocurriendo lo mismo, con la variante de que el editor —y los factores económicos—, ayudados por la indiferencia del público, se habían convertido en los protagonistas:

En París, al menos, el editor se ha convertido en árbitro inapelable de los valores literarios, y él fabrica genios a su antojo, ahoga según sus conveniencias, posibilidades inéditas y fulmina talentos ya acusados, según su capricho y las fluctuaciones de su negocio. El editor que quiere ganar y redondearse en un gran peculado literario, escoge un escritor cualquiera —que se preste

<sup>4</sup> *Ibíd.*, 185.

<sup>5</sup> *En tarjeta desde Rusia a Juan Domingo Córdoba escribía: «Mi querido zorrillo: Llegué, vi y no he acabado aún de verlo todo. Es un país formidable éste de Rusia. Lenin, un genio. ¡Brutal!...», ibíd.*, p. 187. *En carta desde Moscú a Pablo Abril de Vivero, del 29 de octubre de 1928, le decía: «Mi querido Pablo: [...] Lo del Soviet es una cosa formidable. Más todavía, milagrosa. Ya le contaré en breve con detalles...», ibíd.*, pp. 187-188. *Y en una tarjeta a Luis Alberto Sánchez, desde Moscú también, fechada en octubre de 1928 (sin día): «Mi querido compañero: Desde este milagroso país de Lenin y de Tolstoy, le recuerdo afectuosamente», ibíd.*, p. 188.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 190.

<sup>7</sup> *En la carta a J. Larrea del 29 de enero de 1932 (cfr. nota 1), escribía Vallejo a continuación: «Sin embargo, pienso que la política no ha matado totalmente el que era yo antes. He cambiado, seguramente, pero soy quizás el mismo. Comparto mi vida entre la inquietud política y social y mi inquietud introspectiva y personal y mía para adentro».*

<sup>8</sup> C. Vallejo, «De la dignidad del escritor...», *El Norte, Trujillo, 1 de noviembre de 1925, en Crónicas. I: 1915-1926, ed. de E. Ballón Aguirre, México, Universidad Autónoma de México, 1984, p. 234.*

a la cucaña, como única condición— y, sin pararse a ver si tiene o no aptitud, lo revela y lo consagra a punta de dinero.

Cómo? Pagando a los pontífices de la crítica circulante, estudios, ensayos y elogios, los mismos que serán publicados y reproducidos, a paga secreta siempre, en cien periódicos y revistas extranjeros...<sup>9</sup>

Pero, en este mismo artículo, señalaba que a la crítica digna, le correspondía el deber de «contrarrestar esa sórdida ofensiva de la farsa y del latrocinio y luchar porque se abra camino y se haga justicia» a los escritores, como León Bloy y Carl Sandburg (son los dos ejemplos que cita), «del abuso criminal de los editores y de la indiferencia de los públicos!»<sup>10</sup>

Enrique Ballón Aguirre señala que Vallejo se estaba revelando en este artículo —que es, no olvidemos de 1925—, contra

el modo de producción económica de los textos literarios en la sociedad capitalista (cuya plusvalía se halla en manos de los editores), modo de producción que reduce hasta casi desaparecerla, la antinomia del agente de producción (la fuerza empleada en el trabajo de escritura por el escritor) y lo insta a ocupar el lugar del explotado en el damero de la formación social que se trate. En este caso los medios que regulan el orden jerárquico y distribuyen imperativamente los lugares a ocupar por el productor (escritor) y el apropiador (editor), son los *imperativos de demanda* canalizados por los editores mismos, además de los textos legales sobre los llamados «derechos de autor» dentro del Aparato Ideológico del Estado...

La capacidad determinante o voluntad influenciadora del editor (principalmente su conveniencia, la orientación del poder cultural y político al que sirve), se expresa en la promoción censura de los textos. Tan es así que cuando la escritura de Vallejo se hizo «proclive a la exaltación del comunismo», sufrió la censura de sus editores..., aunque en algunos casos traten de justificar *a posteriori* (con inevitable cinismo) actitudes que en un momento fueron la perfecta demostración de la apropiación ideológica indicada...<sup>11</sup>

Y Enrique Ballón Aguirre cita, como ejemplo de estas actitudes cínicas, el testimonio de Aurelio Miró Quesada, Director de la Academia Peruana de la Lengua y uno de los dueños y directores del diario *El Comercio* de Lima, quien, en 1961, justificaba del siguiente modo las razones por las que Vallejo tuvo que dejar sus colaboraciones en *El Comercio*:

Diversas razones de la época conspiraron para terminar una colaboración que, a través de los años, es para todos cada vez más valiosa. En agosto de 1930 cayó el gobierno de Leguía después de muchos años de represiva dictadura; y la agitación política que siguió vino a sumarse a la aguda depresión económica, por la que atravesaban los países de América, como consecuencia en buena parte, del «crack» de la Bolsa de New York de 1929. Desaparecieron las revistas *Mundial* y *Varietades*; *El Comercio* tuvo que suprimir su suplemento dominical; y hubo un recorte obligado de número de páginas y de colaboraciones del extranjero. Por otra parte, a la inseguridad política y económica se unió un fermento social bastante grave. Los desocupados marchaban con banderas rojas por las calles de Lima; el Apra, marxista e intolerante, se iniciaba con métodos terroristas; y en tales circunstancias, los artículos de Vallejo, escritos con prescindencia de

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 234.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 235.

<sup>11</sup> E. Ballón Aguirre, *Prólogo a C. Vallejo*, Obra poética completa, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, pp. XLIII-XLIV.